

Teodoro González de León

La infatigable creatividad

Vicente Miguel Chacón

Hablar de la arquitectura de Teodoro González de León es abordar la obra de uno de los arquitectos mexicanos y latinoamericanos más destacados de nuestro tiempo. En un país como México, en el que los arquitectos de gran talento son suficientes para llenar varios libros, la obra de González de León se hace merecedora de muchas de esas páginas, no sólo por la riqueza plástica de sus edificios sino también por la evolución que se ha dado en estas formas, una constante exploración de espacios y soluciones que vienen desde sus inicios hasta nuestra época, y en este nuevo milenio con nuevas ideas para la arquitectura. La obra de González de León combina al mismo tiempo las influencias del pasado con la mirada hacia el futuro en proyectos que pueden considerarse microciudades dentro de una ciudad, la mayoría de ellos dentro de la ciudad más grande del mundo.

APRENDIZAJE Y AMOR A LA PROFESIÓN

Teodoro González de León estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México y, después de graduarse en 1947, en pleno apogeo del movimiento moderno, obtuvo una beca para ir a trabajar y aprender al mismo tiempo en el despacho del arquitecto más importante de ese movimiento, por su trabajo teórico y práctico: Le Corbusier.

Los 18 meses que González de León estuvo en su despacho de París fueron de suma importancia para la formación del joven arquitecto y sirvieron para definir la arquitectura que realizaría en el futuro.

De la misma manera que Le Corbusier trabajaba no sólo en la arquitectura, sino también en la pintura —al grado de que, según lo escribe en su libro *El Modulor*, uno de los primeros trazos de ese estudio del cuerpo hu-

mano y la modulación, la pintura fue su fuente de inspiración para un edificio—, el arquitecto también hizo trabajo en el área de la pintura, con cuadros que sirven para mostrar el estudio de la geometría que ha hecho característica no sólo la pintura sino también la arquitectura de González de León.

Al término de ese año y medio en el que fue residente de obra de la construcción de la Unidad Habitacional de Marsella, una de las creaciones más famosas de Le Corbusier, el arquitecto mexicano regresó a su país para realizar su propia arquitectura, junto con la influencia de arquitectos famosos internacionalmente como Alvar Aalto y Mies van der Rohe, pero al mismo tiempo formando un estilo propio, el cual desarrolló desde los primeros proyectos hasta sus obras más recientes, de las que siguió aprendiendo, porque la arquitectura es un oficio en que la retroalimentación es constante y un arquitecto se va formando durante toda su vida: César Pelli, el arquitecto argentino que ha proyectado los edificios más altos del fin del siglo XX, lo definió categóricamente al decir que “para poder ser un verdadero arquitecto se tiene que haber pasado de los sesenta años”. Y al estudiar la obra de Teodoro González de León se puede observar este aprendizaje, este deseo de mejorar, este amor a la arquitectura.

LA PRESENCIA DE LA LUZ

Desde sus primeros proyectos como el de la Ciudad Universitaria, realizada como estudiante, y los conjuntos habitacionales, hasta llegar a la Casa José Luis Cuevas, de 1968, una casa de un solo nivel (excepto por el estudio del pintor), el creador siguió las ideas de modulación de Le Corbusier, según tanto el Modulor como el

módulo alveolar, que nunca vio la luz en ningún proyecto del maestro suizo. Esta obra, realizada con una rigurosa cuadrícula, es un claro contraste con uno de los proyectos posteriores, también una casa, la Casa Amsterdam (1996), en donde las formas tienen una mayor libertad y las curvas alcanzan una gran importancia en todo el proyecto. En estos dos proyectos, separados por treinta años y en los que la evolución es clara, se puede ver el aprendizaje del arquitecto, aunque las ideas generales están presentes, como el hecho de iluminar los espacios con luz natural, siguiendo su idea y la de Le Corbusier “de que los espacios se definen gracias a la presencia de la luz”.

A la Casa Cuevas le siguieron otros trabajos de gran importancia que ayudaron al arquitecto no sólo a formarse sino también a hacerse conocido dentro y fuera de México con obras como la Embajada de México en Brasil, El Colegio de México y la Universidad Pedagógica Nacional, realizada con otro importante arquitecto mexicano, Abraham Zabludovsky, con quien también realizó el Museo de Arte Contemporáneo Rufino Tamayo, una brillante obra en la que el edificio surgió de un entorno boscoso con formas que recuerdan el escalonamiento de las pirámides prehispánicas y, ayudadas por la presencia de taludes en la mayor parte de sus lados, consiguen que la obra se integre al entorno. El interior del museo es igualmente un ejemplo del adecuado uso de las formas, en el que las salas convergen a un patio interior, iluminado por tragaluces, al que se une la circulación de la entrada, produciendo un edificio que combina las formas de las raíces prehispánicas de México con las formas y materiales modernos, particularmente con el brutalismo y las ideas de Le Corbusier; el acabado de concreto martelinado se volvería característico de la obra de González de León, de la misma manera que el concreto aparente lo fue en la obra de su maestro.

UNIENDO PASADO Y PRESENTE

Al Museo Rufino Tamayo, construido en 1981, y uno de los más famosos de Teodoro González de León, siguieron otros trabajos importantes, como la ampliación de las oficinas centrales del Banco Nacional de México. Este edificio es de particular interés por su relación con el antiguo edificio, del siglo XVIII, un palacio virreinal de los condes de San Mateo de Valparaíso, que fue construido por uno de los arquitectos más importantes de la colonia en México, Francisco Guerrero y Torres.

En este nuevo edificio, al ser una continuación del antiguo, el proyecto de González de León, junto con Abraham Zabludovsky, se vuelve un diálogo en el que los arquitectos, separados por más de 200 años, hablan

un mismo lenguaje: las fachadas tienen el mismo paño, la misma modulación, la misma altura, incluso la esquina remata con un volumen mayor, de la misma manera que la esquina del palacio antiguo, lo que le da a la fachada una continuidad. De esta manera, al mismo tiempo que es muy claro que el anexo pertenece a la época moderna, no busca opacar sino colaborar, compartir y enmarcar la obra de Guerrero y Torres.

Un dato particular es que al concreto usado para este edificio, material característico de la arquitectura de González de León, se le agregó grano de mármol blanco y arena de tezontle rojo, similares a los materiales del edificio colonial. De esta manera, aunque usa elementos claramente modernos y muy característicos de González de León, el edificio se integra a su entorno en una de las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México, junto a construcciones por las que Charles La Trobe la bautizó como “La Ciudad de los Palacios”. Las formas modernas de la arquitectura de González de León, junto a las prehispánicas que lo inspiraron y las de las edificaciones virreinales, abarcarían las llamadas tres culturas de México.

UN CONJUNTO URBANO

Entre 1989 y 1991 el artista se encarga, otra vez con Zabludovsky, de la remodelación del Auditorio Nacional, el mayor centro de espectáculos de la Ciudad de México, y al que se le da un gran vestíbulo de acceso techado sostenido por una gran trabe triangular que forma un inmenso pórtico, respondiendo urbanamente así a la vialidad del Paseo de la Reforma, una de las avenidas más importantes de la ciudad, lo que da una entrada con formas escultóricas a uno de los edificios más concurridos por la población.

El edificio de la compañía Hewlett Packard, en la zona de Santa Fe, una de las de más rápido crecimiento, es una obra en la que las formas claramente reticuladas de la zona de oficinas se van complementando por elementos de gran plasticidad, que son los que marcan el acceso al edificio: los muros triangulares (que el arquitecto ya había usado anteriormente en El Colegio de México y en las oficinas del Infonavit), junto con el gran techo en forma también triangular.

Por esa misma época, González de León construye el edificio del Fondo de Cultura Economía (FCE), en lo que es un caso particular dentro de la arquitectura, ya que su ubicación es junto a otros dos proyectos de gran envergadura por parte de Teodoro González de León: El Colegio de México y la Universidad Pedagógica Nacional, lo que crea un conjunto urbano hecho a lo largo de veinte años sin que se tuviera pensado de antemano.

Los dos edificios anteriores eran de carácter horizontal, pero el edificio del FCE contrasta por su verticalidad y por sus formas con el acceso generado gracias a una fachada cóncava de vidrio que se remata en su parte posterior con un puente que atraviesa al edificio, formando un pórtico de 40 metros de altura. El edificio se abre al visitante de la misma manera que un libro del Fondo de Cultura se abre al lector, y la escalinata de acceso a este gran pórtico está inspirada en la escalinata de los jardines vaticanos, ideados cientos de años atrás por Bramante.

El conjunto urbano que Teodoro González de León había ido creando en esta zona se complementó en 1995 con el diseño y construcción de un puente peatonal que, en lugar de ser un agregado funcional sin relación alguna con su entorno, se volvió parte de este, en lo que resulta un detalle muy poco común en las construcciones de la Ciudad de México.

PROYECTOS AMBICIOSOS

También entre 1990 y 1991 construyó González de León la Plaza Rufino Tamayo, un homenaje al pintor y muralista mexicano poco antes de su muerte, en donde los elementos típicos de la obra del arquitecto se encuentran en un ejercicio mucho más plástico y libre, dando lugar a formas muy variadas. Elementos comunes como espejos de agua, un camino pergolado y una serie de marcos que, al ir reduciendo su tamaño, conducen a un mural basado en un cuadro de Tamayo, de los años cincuenta, lo que provoca una perspectiva escultural para las personas que la visitan o los automovilistas que pasan a su lado por la Avenida Insurgentes.

Por esos mismos años comienza González de León uno de sus proyectos más ambiciosos: este es el complejo corporativo Arcos Bosques, de un tamaño tal que se le puede ver como una ciudad pequeña, en donde se ven reflejadas las ideas de Le Corbusier sobre proyectos como si fueran ciudades, tan verticales como horizontales.

El complejo está conformado por tres edificios horizontales (uno de los cuales tiene 400 metros de largo) que rodean dos torres de 165 metros de alto. Originalmente las dos torres iban a ser iguales, dos solemnes marcos de pie uno junto al otro, pero por razones económicas sólo pudo construirse una torre inicialmente. Al poder construir la segunda torre se optó por un nuevo diseño, una reinterpretación de la original, hermana de esta pero independiente e inconfundible. Las torres se han convertido en un elemento de referencia a nivel urbano, dada la posibilidad de mirirlas en días despejados desde diversos puntos de la

ciudad y por su forma tan llamativa dentro del entorno urbano.

LA CASA AMSTERDAM

En 1996 el arquitecto Teodoro González de León construye una casa en la que refleja todas sus ideas: la Casa Amsterdam, de un solo nivel, en la que, contrastando con las formas cuadrículadas de la Casa Cuevas de 30 años atrás, el diseño parte de elementos más libres, más dinámicos, que dan una idea de azar aunque la colocación siga un estricto orden geométrico, y demuestran la capacidad y conocimientos que tan útiles le fueron en su carrera.

La Casa Amsterdam se conforma a partir de un gran pasillo de techo curvo que atraviesa la casa de lado a lado, e incluso se sale un poco de la fachada principal para delimitar el acceso y, al mismo tiempo, dar una composición con la puerta roja y la marquesina curva resultante, que recuerda en cierta forma las de Le Corbusier, el antiguo maestro, a modo de homenaje.

EL SIGLO XXI

El año 2000 encontraría a González de León proyectando sin descanso y buscando nuevas formas en la arquitectura. De la masividad y solidez de las décadas del setenta y ochenta a las retículas uniformes de los años noventa, exploraría formas curvas en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo, fachadas inclinadas en Reforma 222, un complejo de usos mixtos en que un centro comercial sirve de basamento para torres de vivienda y oficinas en el cruce de Paseo de la Reforma y Avenida de los Insurgentes, las dos calles principales de la megalópolis, a arcos mayas (como en su proyecto no realizado para la Secretaría de Salud). Estas geometrías arriesgadas, contrastantes con las formas comunes de la gran ciudad, se ven también en la Torre Pedregal 24 y en el edificio en proceso de la Torre Manacar.

De la misma manera que Frank Lloyd Wright trabajó hasta los 91 años, González de León siguió desarrollando su práctica profesional al mismo tiempo que era festejado por sus nueve décadas, con la mente lúcida y la energía que lo caracterizó. La muerte finalmente lo detuvo, el 16 de septiembre de 2016. El día anterior, como tantos antes, trabajó en su despacho. Ese día —los que trabajamos ahí y lo conocimos lo sabemos bien— desarrolló su gran motivación, la arquitectura.